

Poesía y convivencia multicultural

Fernando Gil Villa
Universidad de Salamanca
España

Que en el principio fuese el verbo es un bello pensamiento que puede servir para justificar la poesía. Pero primero se vive y luego se habla. Antes del principio ya había poesía porque ya había vida. Y es que hay vidas tan poéticas o más que las obras que reciben ese nombre. Casi todo el mundo ha sentido alguna vez cómo un trozo de su vida, aunque durase apenas unos minutos o unas horas, se convertía en poesía, o al menos así lo recuerdan. Luego hay trayectorias, las más raras, que se componen de largas y bellísimas estrofas que van encajando en una coherencia asombrosa, con silencios e interrupciones que vienen a ser páginas en blanco, si se quiere, pero de forma que al final, cuando mueren, dejan un rastro de gestos tan hermosos y ligeros, tan frágiles y al mismo tiempo de impacto tan sólido como lo son los buenos versos, una colección de anécdotas tan perfectamente fosilizadas, tan emocionantes, útiles y vivas en la memoria colectiva, que no podemos evitar pensar que aquella vida fue una verdadera obra de arte.

En el histórico muestrario de biografías poéticas, algunas tienen un carácter especialmente ejemplificante. Tal es el caso de la figura de Jesucristo a los ojos de Oscar Wilde. Su lugar entre los poetas le viene siendo otorgado por su gran imaginación, es decir, por la imposición de lo imaginario de lo real (178 y ss.). La realidad es la que es, terca y gris según la definen las gentes y sus sentido común todos los días. Lo normal es que si alguien puede salvarse diciendo a los jueces simplemente lo que éstos quieren oír, lo haga. Lo raro es condenarse a morir por una idea. El criterio que guía al común de los mortales, como animales humanos, es el de la supervivencia. El criterio opuesto, el *romántico*, el que supedita la vida a un ideal, el que renuncia al placer de la comida para soñar, el que, en fin, se sacrifica por los demás, es algo que no se comprende, salvo en dosis tan pequeñas que puedan ser compatibles con la salvaguarda de nuestro gen egoísta. Una vida o un gesto será pues poético si es incomprensible, si nos sorprende, si es minoritario, si es radical, si sobrepone lo espiritual a lo material.

Puede que algunos exijan otros ejemplos más concretos, sobre todo considerando que no está comprobado que el Jesús histórico haya existido y llevado la vida que nos cuentan los evangelios. En ese caso podríamos pensar en Francisco de Asís, quien, a decir de Wilde, sería el único caso de verdadera “imitación” de la vida de Jesucristo, y vale decir, por consiguiente, de su vida poética (197). ¿Alguien se imagina al hijo de un supermillonario de la lista Forbes renunciando a su herencia? Y menos aún que lo haga en un acto público y simbólico, desnudándose en una iglesia, sin que podamos sospechar de su utilización mediática. No obstante, podemos dar un paso más y elegir una anécdota de su trayectoria vital en la que podamos observar el criterio con mayor claridad. Así, cuando llegan en una tarde de invierno, mojados y enteleridos de frío, Francisco y su compañero de fatigas, León, a un lugar donde el portero les niega la hospitalidad creyendo que son delincuentes más que pobres. Y habiéndoles amenazado con una golpiza, Francisco decide volver arriesgándose a recibirla. Y la recibe. Según el narrador, esta situación es la que define la *alegría perfecta* (San Francisco 85). Nadie en sus cabales regresaría a pedir posada a quien nos ha amenazado. Tal actitud desafía la lógica, va en contra del principio básico de la supervivencia y la búsqueda del bienestar individual. Tan ilógico es ese comportamiento como extraño y paradójico se nos antoja el intento de definir la alegría, usando ese ejemplo, en función del sufrimiento que genera.

Pero pongamos que en esto consiste la poesía como vida, en hacer lo contrario de lo que se espera, en causar extrañeza. La poesía como acción es lo impropio, lo absurdo, lo que no se justifica por su utilidad ni en la naturaleza ni en la sociedad, con sus respectivas leyes. La acción poética es un gesto obsceno al Demiurgo, un corte de mangas del idealismo al realismo, un plantón muy respetuoso a la cruda realidad en nombre de la sagrada imaginación. Claro que en ocasiones puede adoptar formas cómicas, pero sin abandonar nunca el poso dramático. Porque se trata en el fondo de una oposición a la marcha de las cosas, un pulso a la vida en el que te juegas la tuya propia.

Avancemos ahora un poco más. Una vez definida la vida poética -o una parte de la misma- como choque ilógico e imprevisto, estamos en condiciones de examinar si la situación de la persona exiliada permite alguna posibilidad en ese sentido. No moralicemos. Quien se va no es mejor que quien se queda. No nos precipitemos. Hay argumentos a favor de las dos opciones. La cosa es compleja, difícil de generalizar, con

situaciones contradictorias. Los investigadores de las diásporas modernas no se ponen de acuerdo. El concepto se amplía tanto que adquiere tintes metafóricos, englobando categorías en realidad muy distintas (Safran, 1996:513). Y es que en la realidad se mezclan en diversos grados los componentes de dicotómicos de fuerza y voluntad, de procedencias y destinos, de asimilación y resistencia, de motivos económicos y políticos. De ahí que sea legítimo delimitar el problema desde la perspectiva de las emociones. Aquí, lo normal es quedarse con los seres queridos, no abandonarlos *en las duras*. Irse es entregarse a la incertidumbre, cargar con la torturante culpa del abandono, poner en riesgo la vida propia, romper con la situación de forma radical. Si se vuelve, será para invertir la situación de miseria del punto de partida. El regreso queda imbuido de una connotación mítica. Se convierte en un sueño, tanto para los que quedaron como para los que se fueron. Funciona como promesa, como esperanza. Quedarse en sobrevivir, pero sólo eso, perpetuando por tanto la situación de sufrimiento, sean cuales sean las causas que lo generen. Irse es la única forma de transformar el sufrimiento en alegría de una forma estructural. No es que no haya otras formas de abordar la cuestión del exilio, pero ésta es la que rodea el estado mental de quien lo vive de forma literaria, haciendo de su vida poesía. Los ecos mitológicos impulsores son claros. En esta tesitura recuperamos las huellas de los personajes antes mencionados. El exiliado toma la opción radical, le planta cara a la realidad guiado por la estrella de un sueño, sale, se expone íntegramente. Vive entre dos mundos, justo en el espacio de intersección que los une, la utopía, que construye cada día con el ladrillo del recuerdo –el recuerdo pesa-.

La figura de Jesucristo, en su versión poética, ilustra bien al exiliado. Como el emigrante, lamenta el abandono de sus seres queridos llegando a sentirse él mismo abandonado en los momentos más dolorosos de su terrenal existencia. Como el verdadero poeta, se siente extranjero entre los suyos y en su tierra. Representa al Otro, dado que unas veces se nos presenta como hijo de Dios y otras como hijo del hombre, reunificando por consiguiente las dos razas antagónicas que hasta entonces habían poblado este planeta, los dioses y los humanos. Esa reconciliación es digna de un acto de imaginación sublime, poético, como recuerda Wilde (179). Pero la idea podría completarse con una consideración sobre el concepto del exilio, pues aquellas razas ilustran las dos posiciones que materializan los mil y un conflictos diarios que el mundo sufre por cuenta del fantasma de la inmigración. Los dioses, o sea, los anfitriones, por

un lado, y los humanos, o sea, los que se consideran huéspedes o pretenden serlo, por el otro. Los que tienen el poder, las llaves de la casa, y los que carecen de techo. Así, en la anécdota de san Francisco, éste se pone en el lugar del Otro, se empeña en representar el papel de extraño que está llegando todo el tiempo, como un suceso imposible de detener. Nos enseña que no podremos evitar, mañana o pasado mañana, vérnoslas con el extranjero y que tenemos que hacer un esfuerzo por comprenderlo. Nos muestra como avanzamos de la ética de la igualdad a una ética de la compasión y el cuidado en la que superamos el impulso de compararnos con el más fuerte y rico para asociarnos con el más débil, en una “fraterna comunidad de destino” (Riechmann 72).

Pero si eso es así, entonces necesitamos estar preparados, aprender de los poetas, que son los que mejor han trabajado el sentimiento de honda extrañeza, lo seres a los que no asombra nada porque viven en el asombro desde que tienen noción de ser. Si la gente dedica a los poetas la misma sonrisa de aparente superioridad que a los niños, es porque ven en ellos “un algo diferente del que desconfían como extraño” (Pessoa 259).

Jesucristo, en fin, es el eterno emigrante porque, a diferencia de otras leyendas, su historia no tiene un final. En teoría, debe volver, aunque no sabemos cuándo. Igual que el emigrante, que en cualquier momento puede asomar, sorprendente, increíble, para redimirnos de este mundo. Un mundo como valle de lágrimas que es el que heredan los que se quedan y que es el que motivó la salida del emigrante. La esperanza de la vida da a la vida, sin embargo, por oposición, el brillo del regalo. Envuelto como un regalo, en papel brillante, llega el migrante un día, con una sonrisa resplandeciente. Doble regalo otorga su llegada. Un regalo es el tesoro que acumuló trabajando duramente en el “desierto”, allende la patria. Pero es ante todo un regalo su propia persona, porque él o ella, al darse de nuevo ante nuestros ojos, parecen unos resucitados. De hecho se han transformado en el camino; su larga travesía por el desierto, real o metafórico, es decir el componente iniciático de su viaje, les ha otorgado una sabiduría que antes no tenían.

Es justamente en este punto donde se anudan el exilio como emigración normalmente entendida y el exilio interior, la variante más poética del concepto. Todo poeta que realmente lo sea debe haber pasado por esta última prueba, deben haber emprendido su particular travesía por los áridos caminos de su interior, hasta descubrir sus minas de Salomón, que deberá siempre, desde entonces, cuidar con esmero.

Así pues, lo que en definitiva enseñan las vidas poéticas es que hay que exponerse a la *exclusión*, tanto social como interior, como único medio de hacer del mundo un inclusivo y único lugar. Sólo respetando al extraño, porque se sabe que somos extraños incluso para nosotros mismos, puede el mundo ser aceptado y la vida amarse. Cada paso en ese recorrido, si es consciente, es un paso de gozo poético. La vida poética será la vida así entendida, radicalmente libre por libremente radical, incompresible para muchos, paradójica, extrañamente alegre.

¿Hasta qué punto son verdaderos poetas aquellos a quienes los demás, incluidos ellos mismos en ocasiones, llaman poetas? A veces tenemos dudas a la hora de responder a esta pregunta, más allá, obviamente, de los fútiles indicadores de ostentación o fama. En ese caso, podemos intentar averiguar, directa o indirectamente, algo de su trayectoria vital y de su obra, alguna pista que nos permita incluirlo, en mayor o menor grado, en la bella senda de la imaginación, madre de la poesía, entendida como una especie de guía de actos radicales con las notas que aquí hemos señalado. Los analistas sociales pueden hablar de identidad panétnica (Werbner). Tal comunidad, sin embargo, ya ha sido realizada por los poetas, al experimentarla mentalmente. Después de todo, como expone Pessoa en el pasaje antes citado del *Libro del desasosiego*, ese potencial soñador otorga cierta superioridad al poeta y al artista sobre el hombre de acción. Los soñadores saben extraer de la vida un placer mayor y más variado. En palabras de Shelley, “el gran instrumento del bien moral es la imaginación”, especialmente unido a la poesía, puesto que ésta enseña a “ponerse en el lugar del otro y en el de muchos otros”, haciendo suyos “las penas y los placeres de su especie” (Shelley 119).

Desde el punto de vista de la cultura moral de nuestro tiempo, la poesía nos interesa pues, más que como criterio de evaluación de la calidad de los poetas, como instrumento de educación popular, como medio de impulsar la autoconstrucción, esa transformación cultural que necesitamos, parafraseando el título y el subtítulo del libro citado de Jorge Riechmann. A través de ella podemos conseguir en los centros de enseñanza tres objetivos: el cuidado de uno mismo como ser existencial, el cuidado del Otro y del mundo, y sobre todo, el paso del uno al otro, dado que el quehacer poético nos acostumbra a considerarnos a nosotros mismos como extraños, ayudándonos a aceptar la diferencia. La convivencia multicultural, tan necesaria para lograr la paz

social en nuestro actual mundo global, es una asignatura pendiente en la mayor parte de las reformas educativas que están siendo implementadas por doquier. Los profesores no disponen de instrumentos adecuados en su formación. El porcentaje de víctimas del *bullying* y *ciberbullying* aumenta constantemente siendo especialmente acuciante entre los alumnos inmigrantes (Gil Villa). De otra parte, la poesía sigue siendo un género menor y poco estudiado y practicado en los centros educativos, de tal forma que sigue siendo válida la recomendación que hacía Roland Barthes a finales de la década de 1970, a saber, que debería formar parte de los derechos humanos, que corren malos tiempos para la lírica, si se define la poesía como “matiz” y “estilo”, como la “práctica de la sutileza en un mundo bárbaro” (Barthes 89). Si el bárbaro es literalmente el extranjero, la poesía puede ser un medio privilegiado para interiorizar y así deshacer el barbarismo, al hacer que lo extraño forme parte de nuestra identidad. Tal vez por eso, algunos de los mejores ensayistas y poetas contemporáneos nos han avisado sobre las virtudes políticas de la poesía. Octavio Paz confía en el poema como una “prueba viviente de la fraternidad universal”, el puente que se espera para poner en equilibrado contacto la libertad y la igualdad (Paz 138).

© **Fernando Gil Villa**

Bibliografía

- Barthes, R. (2005). *La preparación de la novela*. Siglo XXI: México.
- Gil Villa, F. (2012). *El fantasma de la diferencia. La inmigración en la escuela*. Barcelona: Icaria.
- Paz, O. (1990). *La otra voz*. Barcelona: Seix Barral.
- Pessoa, F. (1994). *Libro del desasosiego*. Barcelona: Seix Barral.
- Riechmann, J. (2015). *Autoconstrucción*. Madrid: Libros de la Catarata.
- Safran, W. (1991). *Diasporas in modern societies: Myths of homeland and return*. *Diaspora: A Journal of Transnational Studies*, 1(1), 83-99.
- San Francisco de Asis (1993). *Escritos. Biografías. Documentos de la época*. Madrid: BAC.
- Shelley, P.B. (1965). *The Complete Work of P.B. Shelley*, vol. VII, New York: Gordian Press.
- Werbner, P. (2002). *Imagined Diasporas among Manchester Muslims: The public performance of Pakistani transnational identity politics*. London: James Currey
- Wilde, O. (2014) *De profundis y otros escritos de la cárcel*. Barcelona: Debolsillo.